

Paz Esperanza Carreño Hernández

Devenir animal: Reflexiones a partir del *Bestiario* de Julio Cortázar

Desde los inicios de la literatura en los relatos míticos encontramos la figura del animal, siempre enigmática, siempre monstruosa, siempre marginal; o divina o inferior respecto de lo humano.

En el caso de Julio Cortázar, lo que llama la atención es la presencia recurrente de animales, fantasmales, manadas, a veces imperceptibles, que se cuelan entre los relatos cotidianos de sus personajes. Muchas veces sin saber qué clase de bestia es la que merodea y habita allí junto a nosotros, rompiendo nuestra cotidianidad, llevándonos a los bordes de nuestra propia casa.

En este contexto, la pregunta que llama las siguientes reflexiones respecta a la relación enigmática y fascinante entre humano y animal que muestra Cortázar en muchos de sus cuentos, particularmente los que se encuentran en *Bestiario*, donde su propio título no deja de ser sugerente a la hora de articular una serie de narraciones en torno a la animalidad vista como también bestialidad.

Así, esta ponencia se divide principalmente en tres partes. La primera, intenta pensar los animales de Cortázar a partir de las categorías de animal realizada por Gilles Deleuze en *Mil Mesetas*. Para poder pensar así, una animalidad que diste de las concepciones antropocéntricas de lo animal. La segunda, y a partir de la distinción anterior, da cuenta de la forma en que lo humano y lo animal se relacionan en estos cuentos a saber: el devenir animal. Finalmente, y a modo de reflexión filosófica a partir del texto de Jean-Christophe Bailly *El animal como pensamiento*, es posible cuestionar aquella determinación que nos hace creer que el pensamiento es competencia exclusiva de lo humano, como si fuera plenitud de razón y clausura absoluta y distinta de la animalidad.

De esta manera, se articula una reflexión en torno a la animalidad y su presencia en lo humano como una cuestión no solo partícipe, sino también propia del devenir de la subjetividad, arraigada también a un intento de resistencia de los poderes hegemónicos que nunca logran dar con la totalidad de lo heterogéneo, dentro de ello, el devenir animal, que justamente está presente en los relatos cortazianos y posibilita una escritura a partir de un pensamiento otro, no animal, no humano, sino que un pensamiento del devenir.

I. Los animales de Cortázar

Dentro de los cuentos que escribe Julio Cortázar en *Bestiario* podemos advertir distintos tipos de animales, algunos se nombran otros no, algunos son animales “reales” otros son fantásticos, pero todos comparten una característica: ser animales salvajes, animales otros, pequeños o grandes demonios que habitan

lugares paralelos al humano, pero que de pronto lo interpelan entran en su mundo destrozando todo. En este sentido, tiene lugar la distinción que con claridad define Gilles Deleuze en *Mil Mesetas*. Hay animales que son edipizados por el hombre, animales que son parte de la familia y que ocupan un lugar simbólico casi completamente humano. Es decir, cuando nos referimos a *mi gatito*, o *mi perro* con el que vivimos hace años juntos, son siempre animales ya abrazados por la racionalidad humana, dispuestos en territorios humanos y con quienes nos relacionamos humanamente. En segundo lugar, hay animales arquetípicos, situados fuera de contextos humanos, sin relación con ellos, aislados en mundos desconocidos, animales totémicos, idealizados, tal vez esa clase de animales que carecen de mundo (en palabras de Heidegger) como una especie de objetos fuera de la constitución de los sujetos humanos. Finalmente, se definen animales que resisten a ser edipizados, manadas, salvajes, bestias, que aparecen como el onceavo conejito entre el piso uno y el dos.

Son estos últimos animales los que encontramos en los cuentos del *Bestiario*, manadas de conejitos que en el cuento *Carta a una señorita en París* el protagonista se saca de la boca de vez en cuando; cuando sube al ascensor y cuando ya supera los diez conejitos el descontrol de la manada lo fascina, lo envuelve y lo enloquece tal vez, hay ahí un encuentro distinto al que existe con el animal familiar o con el animal idealizado en el tótem, hay un encuentro con otro que nos intimida y a la vez nos llama fuera. Situación similar ocurre en *Bestiario*, ahora un animal sin nombre ni forma comienza a habitar la casa de dos hermanos hasta sacarlos de ella, el miedo y lo

desconocido se toman el espacio humano para llevarlos al extremo de su morada. En *carta a una señorita en París* se señala: “Entre el primer y el segundo piso Andrée, como un anuncio de lo que sería mi vida en su casa, supe que iba a vomitar un conejito. Enseguida tuve miedo (¿o extrañeza? No, miedo de la misma extrañeza) (...)” (Cortázar, 2007, 22). Estos animales, bestias, demonios salvajes que impiden la seguridad de la razón humana, que trasgreden el límite hacia y desde nosotros, que nos fascinan con el *devenir animal*, son aquellos que solo pueden sorprendernos, citando a Jean-Christophe Bailly: “Al comienzo de toda consideración sobre los animales está o debería estar la sorpresa, la sorpresa por el hecho de que existan” (*La forme animale*, 2009, 13).

II. Devenir animal

Este devenir, es un devenir siempre de lo múltiple, hay un contagio de lo heterogéneo que nos llama fuera del Yo. El animal constituye un mundo, su propio mundo singular y limitado (Bailly diría su propio país), y es justamente su límite el que llama a un más allá del límite, a un fuera del territorio. En palabras de Deleuze, los animales llevan a cabo una desterritorialización y reterritorialización cada vez que bullen, que contagian, que se multiplican. Este parece ser el caso de los conejitos de Cortázar, blancos, grises, negros; crecen y se van volviendo cada vez más salvajes, alimentados de trébol, comiendo libros, rompiendo lámparas, ya no se contentan con habitar el hogar inicial dentro del armario. Se multiplican del conejito del 10 al 11. Las bestias territorializan desde la puerta de roble, hacia la cocina, el baño, a la casa entera. El

hombre no deviene animal sin una fascinación y miedo por esa manada, por esa multiplicidad que lo contagia.

Los personajes de los cuentos de Cortázar son interpelados, por el poder de la multiplicidad, de los flujos y fuerzas bestiales, fuerzas salvajes que los animales poseen. Un poder de la multiplicidad que le impide al protagonista de *Carta a una señorita en París* deshacerse de sus conejitos que al tomar tan solo uno supo que su aura inefable lo excedía “Un mes distancia tanto: un mes es tamaño, largos pelos, saltos, ojos salvajes, diferencia absoluta (...) tan de uno que uno mismo... y después tan no uno, tan aislado y distante en su llano mundo blanco tamaño carta” (Ibíd, 23). El tamaño, la cantidad y lo imperceptible que se vuelve el animal contagia lo humano con un flujo de afectos no determinantes, tampoco filiativos o evolutivos, sino simplemente heterogéneos. Y justo en ese límite entre lo humano y lo animal es que aparece un anomal: el onceavo conejito, que tiende un puente hacia el territorio desterritorializado, en palabras de Jean-Christophe Bailly, “un espacio sin nombre y sin proyecto en el que el animal libremente se abre camino”, una comunidad de lo humano y lo animal que solo es posible en la diferencia y que se posibilita por el contagio del *Anomal*. Y, dice Deleuze, *anomal* en el sentido de anomalía, ese undécimo conejito gracias al cual lo humano entra en el devenir animal. El *anomal* es el borde de la multiplicidad. Justamente aquí el argumento vuelve sobre sí. El *anomal*, figura paradigmática de los animales en el bestiario, es quien abre para lo humano la posibilidad del devenir animal, que no es otra cosa que la multiplicidad, el rizoma.

En términos deleuzianos el devenir es siempre rizomático, es decir, siempre absolutamente múltiple e indeterminado: fuerzas, flujos incesantes, el contagio de ese mundo singular y limitado del animal que se abre camino fuera, que desterritorializa.

¿Qué es entonces aquello que nos lleva al límite, al contagio vertiginoso con lo animal? Me pregunto si será una fascinación, un afuera, lo completamente distinto de lo humano, o, más bien, hay algo de lo animal que nos habita, algo de esa multiplicidad que no nos permite ser plenamente humanos, sino que relacionados con esa multiplicidad desde dentro. El devenir animal no es un volverse animal del hombre ni viceversa, sino ese contagio; de otra manera mantendríamos las tajantes y absolutas distinciones entre una pureza de ser animal y una de ser humano.

Hay una multiplicidad de afectos que se despliegan dentro de lo humano y que lo exceden. La afectación no es un sentimiento personal, sino que es la afectación de la fuerza de la manada, de la fuerza salvaje de lo animal que desencadena y hace vacilar al Yo. Al respecto, cito a Deleuze en *Mil Mesetas*: “Si hemos imaginado la posición de un Yo fascinado es porque la multiplicidad hacia la que tiende, ruidosamente, es la continuación de otra multiplicidad que actúa sobre él y lo distiende por dentro”. El cuerpo de lo humano, su ontología, su pensamiento, su plenitud y clausura es lo que se contagia y se pliega para devenir otro, para devenir animal basta ese instante de sorpresa en que el Anomal, en búsqueda de territorio, despliega su multiplicidad sobre lo supuestamente humano, en

esta contaminación el Yo ya no es yo humano, sino que deviene múltiple.

III. La literatura del devenir

La literatura de Cortázar aparece entonces como un devenir en sí misma, inseparable. No imita, no corresponde y no se identifica con lo animal, sino que deviene tal, heterogéneo, no alcanza una forma. El devenir animal en estos cuentos es una vecindad del hombre con el animal que anula su preexistencia ontológica y esencial. En tal sentido, es una involución, no hay semejanzas ni parentesco entre animal y humano, no hay una instancia de identificación de un hombre con un mono u otra especie, hay una involución creadora entre el personaje y los conejitos: lo humano deviene animal, sin llegar a serlo, se contamina. Ya no es sí mismo, tampoco es absolutamente animal. Por esto, la literatura en Cortázar es un devenir, porque se vuelve múltiple, heterogénea, molecular en último término. Ya no es de un Yo. Ya no es de Cortázar. La literatura nunca es una cuestión de la vida privada de los autores y sus personajes, sino que siempre es este acto creador del devenir, una creación y desterritorialización por contagio. Esa potencia de la manada que nos impide la racionalidad y nos traslada a la ficción por la fuerza de las afecciones.

El autor en el límite con lo animal, en la vecindad con él, es llamado a ese supuesto afuera, que más bien es el contagio que ocurre en esta desterritorialización del animal respecto a su mundo y su límite. La multiplicidad que los mueve y los afecta lo saca de su morada para habitar nuestra casa.

Esta afección creativa del devenir animal puede abrir una nueva vía para el pensamiento y, con ello, para la literatura. En la literatura cortaziana ya no hay un pensamiento exclusivo del Yo, sino que se expresa un pensamiento del devenir. Un pensamiento sin forma, sin conexiones lógicas, sin semejanzas ni correspondencias. El pensamiento animal es esa mirada que toca, libre de mediaciones. El pensamiento animal son afecciones, momentos, soberanías furtivas, encuentros difusos que impiden la legitimidad de un pensamiento puramente humano. ¿Dónde se sitúa entonces la literatura y el autor del *Bestiario* si ya no es el dueño absoluto de su obra, si el pensamiento en ella expresada en un devenir animal, un pensamiento animal, momento y flujos sin forma que habitan el libro, que habitan el pensamiento y el autor contaminándolo? Si el devenir animal no significa volverse animal, ni que el animal se vuelva humano, entonces el autor se pone *en el lugar del* animal, puesto que no hay un lugar propio de lo humano, hay una vecindad, una comunidad de discontinuidades, de singularidades, de fuerzas moleculares. No hay una escritura privada en la literatura, sino que más bien hay una constante desterritorialización en la narrativa de Julio Cortázar, un "llevar al lenguaje a ese límite hasta el punto de que no hay literatura que no lleve el lenguaje y la sintaxis a ese límite que separa lo humano y lo animal" (Deleuze, 1988), desarraigarse de las existencias antropocéntricas que separaron al humano del animal y situarse en ese entre, en la contaminación, en la casa que fue poco a poco habitada por una bestia imperceptible, en la distancia entre el 10 y el 11, entre conejitos pequeños que duermen y conejos

grandes que roen libros y muebles. La literatura es un ponerse *en lugar de*, porque justamente no hay un lugar único, hay territorios y movimientos en esos territorios. Cortázar ya decía, en una entrevista con Ernesto Gonzales Bermejo: “Para mí, lo fantástico es la indicación súbita de que, al margen de las leyes aritotélicas y de nuestra mente razonante, existen mecanismos perfectamente válidos, vigentes, que nuestro cerebro lógico no capta pero que en algunos momentos irrumpe y se hace sentir”. En el devenir animal, lo humano transita, se contagia y crea espacios nuevos, mecanismos creadores.

Los cuentos de *Bestiario* no son necesariamente una imagen proyectada del inconsciente (siempre edípico y psicoanalítico), tampoco me parece que sean una imagen de la culpa de habitar la vida unívocamente. Sino que, por el contrario, el devenir animal presente en *Bestiario* es una vía para el pensamiento animal, el devenir y la contaminación que solo se permite dentro de la ficción, cuando no se necesitan certezas, formas ni identificaciones, sino que esa mirada, esa palabra que mirando y diciendo toca, que deviene múltiple e inasimilable. Allí donde el cuerpo se desborda en devenir, donde el cuerpo se extiende entre lo humano y lo animal, ese momento en que el *anomal* tiende un vínculo con lo humano, no soportando sus lugares racionales y absolutos. Cuerpos que no soportan los flujos devienen tarde o temprano en otro. Ocupando nuevos territorios, nuevas casas, nuevos cuerpos. Esa multiplicidad del devenir que el cuerpo limitado no aguanta, se extiende y busca un cuerpo en la literatura de *Bestiario*.

Bibliografía

Bailly, J. (2014). *El animal como pensamiento*. Santiago: Metales Pesados

Cortázar, J. (1967). *Bestiario*. Buenos Aires: Sudamericana

Deleuze, G. (1988). *Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pretextos

Deleuze, G. (1988). *Entrevista con Claire Parinet*. Recuperado: http://caosmosis.acracia.net/wp-content/uploads/2007/02/abecedario_gilles_deleuze.rtf.